



jaime galbarro sevilla

Samuel

era tan delgado como un junco, tenía ocho años y unos ojos verdes oscuros que recordaban a las hojas más viejas de los naranjos. Los rizos de su pelo le colgaban por las mejillas hasta los hombros, como enredaderas. Era un niño muy callado, con una mirada grave y serena, mezclada con una profunda tristeza. Siempre andaba en el campo, ayudando a su padre con los animales o cuidando de las pequeñas tierras de la familia.

Un día de tormenta en que no pudo salir, se acercó a su madre despacito y cogiéndole las manos le dijo: «Madre, quiero ser árbol». La madre lo miró sin comprenderlo y lo abrazó en silencio.

Pero Samuel quería ser árbol, y su ilusión de tener ramas y hojas, de florecer, de sostener a los pájaros, no se marchitaba y aquel mismo enero mientras su padre plantaba esquejes de olivo, Samuel salió a la tierra en busca de un lugar donde plantarse.

Una pequeña alameda que corría pegada al río le pareció un buen rincón, y antes que el crepúsculo comenzara, cavó un hoyo y se enterró hasta las rodillas. Abrió los brazos en cruz y así paso la noche.

Tres interminables días permaneció Samuel en este esfuerzo de ser árbol, antes de que comenzara a sentir un hormigueo por los pies. Éste fue el principio, todo lo demás fue llegando sucesivamente, y casi sin darse cuenta pasaron semanas y semanas hasta la primavera, que lo terminó de vestir de corteza y hojas. Una pareja de pájaros le concedió la madurez colocando su nido en sus ramas. A Samuel, el niño-árbol, le brillaban las pupilas o sonreíría, si alguna forma humana le quedara, por eso sólo se limita a crecer y crecer, hacerse fuerte y árbol.

Octubre vino en el hacha de un par de leñadores; lo derribaron, le hicieron leño, y Samuel destrozado, fue a parar sin saberlo, y no sin ironía, a la hoguera de su casa. El niño-árbol se sabía ya muerto, toda su ilusión por ser árbol no había durado más de nueve meses, y ahora, ya hecho añicos, se veía frente a su segador definitivo, un fuego que lo miraba con ardor y hambre.

El fuego lo devoró y lo dejó hecho cenizas. Samuel sorprendido comprendió que no había perdido la conciencia, que se sentía dividido en innumerables partes, pero que estaba ahí, y el fuego no había acabado con él por completo. Sus cenizas, día a día, acababan en un rincón del huerto. Después siempre venía el viento y lo esparcía y se sentía en todas partes: los árboles, las plantas, la tierra, todo se llenó con sus cenizas.

Entonces comprendió que un niño-árbol nunca muere, que siempre sería parte de la tierra; hoy árbol, mañana humo, quién sabe si volvería a ser hombre.